

REFLEXIONES SOBRE EL EMPLEO DE LA VIOLENCIA

Resumen:

La violencia pertenece a la naturaleza pero su gestión obedece tanto a la cultura como al entorno. No es inútil, sino objeto de racionalidad y cálculo. La ética relaciona fines y medios, su implicación en el uso de la fuerza es crítica. La cuestión es que fenómenos como la guerra, un espacio anormativo y de supervivencia pertenecen a la política que es un plano diferente que lo desborda. La administración de la violencia, cuya legitimidad es lo que define el poder del Estado, encarna múltiples dificultades y paradojas que dependen de la época.

Abstract:

Violence is part of nature but its management is due both to the culture and the environment. It is not useless, but the object of rationality and calculation. Ethics relate ends and means, their involvement in the use of force is critical. The point is that phenomena such as war, a survival and no rule space, belongs to politics a different level that overflows ethics. The management of violence, its legitimacy is what defines the power of the State, embodies many difficulties and paradoxes that depend on the age.

Palabras clave:

Violencia, ética, guerra, crímenes contra la humanidad.

Keywords:

Violence, ethics, war crimes, crimes against humanity.

*“La virtud sin la cual el terror sería funesto,
el terror sin el cual la virtud sería impotente.”
Maximilian Robespierre*

Escribía Maquiavelo *“son justas las guerras que son necesarias,”* de esta manera al situarse en el ámbito de la justicia finalista, en el *“ius post bellum”*, en las antípodas del realismo, enlaza precisamente con aquél al aunar fines y medios. Realismo e idealismo convergen en este aspecto. Es el engaño, la falacia, de las éticas finalistas

La violencia es natural porque pertenece a la naturaleza. No existen las guerras porque existan los ejércitos. La guerra es anterior al ejército, construido en torno a la existencia de excedentes de producción. Existen los ejércitos porque existen las guerras. La inserción del hombre en la naturaleza es violenta aunque con este argumento tampoco puede justificarse la existencia de guerras. De que un lobo mate a otro lobo no puede extrapolarse que las manadas de lobos se maten entre sí.

La guerra es un hecho social y cultural, un fenómeno fundamentalmente humano. Así, los griegos- la Ilíada, por ejemplo- presentan la guerra en toda su extensión y crueldad, no tratan de justificarla – sus dioses no siempre son justos, para algo son dioses; quien no abusa no ejerce- simplemente la exponen.

Sus héroes no encarnan la parte positiva de una visión maniquea, sino que aúnan gallardía y vileza, al igual que sucede en los conflictos del siglo XXI en los que a veces, para tener una referencia de actuación, es preciso escoger a los *“buenos”* porque todos son iguales.

El propio Gandhi considera que es imposible que en el mundo no exista un cierto grado de violencia. De hecho, considera que la violencia es mala porque *“sus aparentes ventajas, a veces impresionantes, no son más que temporales mientras que el mal que ocasiona deja sus huellas para siempre.”* Lo que trata, a su juicio, es de reconducir esa violencia a otras formas de enfrentamiento que encarnan *“una movilización de los espíritus tan fuerte como en el*

caso de guerra” y que, dicho sea de paso, no tienen nada de pasivo; de hecho rechaza la denominación de resistencia pasiva para su movimiento.¹

Pero el debate no es nuevo; algunos autores opinan que el siglo XX, en las postrimerías del llamado Derecho Internacional Clásico, ha originado un *“pacifismo jurídico”*; se han desarrollado notables esfuerzos para obligar el recurso obligatorio a los medios jurisdiccionales en la solución de los contenciosos interesados. El problema es que la guerra pertenece al plano político.

Comte y Spencer ya habían anunciado la muerte de la guerra durante el siglo XIX; el 27 de agosto de 1928 quince Estados, entre los que se encontraban Alemania, Estados Unidos o Francia y al que se adheriría España, suscribieron el acuerdo Briand-Kellog, por el que condenaban la guerra, renunciando a ella como instrumento político, prohibición ésta más tarde recogida por la Constitución española de 1931 (Título preliminar, Artículo 6. *“España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional”*).² No obstante, el siglo XX será el más catastrófico de todos en términos de violencia.

Desde el punto de vista técnico jurídico, a los desacuerdos entre Estados sobre aspectos de hecho o de Derecho que tienen existencia objetiva, con independencia de su reconocimiento formal por las partes, se les denomina controversias internacionales; tienen aspectos jurídicos y políticos lo suficientemente circunscritos como para prestarse a pretensiones claras, esto es, susceptibles de un análisis racional.³

El Derecho Internacional, no impone una obligación de resultado, o lo que es lo mismo, los Estados no se encuentran obligados a encontrar solución a sus problemas mutuos; lo que sí pesa sobre ellos es una obligación de comportamiento, a llegar de buena fe y con espíritu de cooperación a una solución rápida y justa de la controversia.

¹ Gandhi. Todos los hombres son hermanos. Colección Azenai, Toledo 1983, p. 139.

² <http://www.ateneo.unam.mx/textoconstitucion.htm>

³ Pastor Ridruejo, José A. Curso de Derecho Internacional público y organizaciones Internacionales. Editorial Técnos, Madrid 1994, pp. 601 y ss.

Y si en el Derecho Internacional Clásico existía una libertad de medio, en el Contemporáneo el límite infranqueable es el principio que prohíbe el uso o amenaza de la fuerza, aunque de esa forma se le libera de tener que someterse a la jurisdicción obligatoria de un tribunal, lo que no siempre interesa a la parte políticamente más poderosa. Como dijera Cicerón *“inter arma silent leges.”*

No obstante, Occidente prácticamente ya no hace guerras, y presenta muchas veces sus conflictos como crisis, cuando no como operaciones de imposición de la paz – una singular aporía - efectuadas con todos los medios necesarios, por más que tal denominación carezca de cartas de naturaleza que la avalen. El gran metarrelato justificativo (en otros tiempos) de los *“Ejércitos conquistadores”* ha desaparecido y el metarrelato emergente es el de los *“Ejércitos para la paz.”*⁴

1. ÉTICA DE LA VIOLENCIA.

La cuestión es que la ética no puede situarse en el ámbito de los fines ya que todos son válidos, pues como dijera Einstein,

*“Sé que es tarea difícil discutir sobre juicios fundamentales de valor. Si, por ejemplo, alguien aprueba, como fin la erradicación del género humano de la tierra, es imposible refutar este punto de vista desde bases racionales. Si, en cambio, hay acuerdos sobre determinados fines y valores se puede argüir con razón en cuanto a los medios que pueden alcanzarse estos propósitos”*⁵

La ética debe necesariamente situarse en el ámbito de los medios en su relación con los fines, lo que hace, parafraseando a Gandhi, que a medios impuros correspondan fines impuros; son los medios así los que justifican los fines y no al revés. Es esta una candente cuestión de debate que como la mayor parte de los actos humanos nunca queda cerrada:

⁴ García Caneiro, José y Vidarte Francisco Javier. *Guerra y filosofía*. Tirant Lo Blanch, Valencia 2002, p. 203.

⁵ Tortosa Blasco, José María. *“La palabra terrorista”* en VV. AA. *Afrontar el terrorismo*. Gobierno de Aragón 2006.

*“la relación entre medio y fin es el problema ético de la Revolución. En cierto sentido, el fin justifica los medios: cuando promueve demostrablemente el progreso humano en libertad. Este fin legítimo, el único fin legítimo, exige la creación de condiciones que faciliten y favorezcan su realización. Y la creación de estas condiciones puede justificar el sacrificio de víctimas como lo ha justificado a lo largo de toda la historia. Pero la relación entre medios y fines es dialéctica. El fin para ser alcanzado, tiene que estar vivo y operante con los medios represivos. También entonces los sacrificios implican violencia; la sociedad sin violencia queda como posibilidad de un escalón histórico aun por lograr”.*⁶

Y es que la esfera de la fuerza no es diferente de la esfera de la moral; ambas se encuentran interrelacionadas.⁷ La teoría moral se ha incorporado a la concepción del uso de la violencia para entrar a valorar sobre cuando y como utilizarla, tanto en términos de razón como de modo.⁸ La crueldad así medida sería desde esta perspectiva, el resultado de la falta de adecuación entre medios y fines, obligando a ponderar objetivos y adoptar soluciones conflictivas.⁹ Pero, lo que está claro, es que a mayor justicia no debe ni puede corresponder mayor derecho, y consecuentemente, no todos los medios son legítimos.

Aun así, existe un cierto relativismo en los juicios morales, *“los mismos criterios morales producen juicios distintos en guerras distintas. No obstante, los juicios son polémicos aunque los criterios sean coincidentes”.*¹⁰

Y es que la sociedad es una factoría de moralidad que permite criticar tanto a quienes no tienen principios, como a quienes elaboran sus juicios desde absolutos morales, al realismo (desde una

⁶ Pastor Verdú, Jaime. La evolución del marxismo ante la guerra y la paz. Editorial de la Universidad Complutense de Madrid 1989, p. 405.

⁷ Grasa, Rafael. Introducción al libro de Walzer, Michael. Guerra, política y moral. Ediciones Paidós, Barcelona 2001, p. XV.

⁸ Walzer, Michael. Reflexiones sobre la guerra. Ediciones Paídos Ibérica, Barcelona 2004, p. 34.

⁹ IBIDEM, p. 49.

¹⁰ IBIDEM, p. 18.

perspectiva realista la estrategia es un lenguaje de justificación) y al pacifismo (propio de absolutistas morales).¹¹

La ética está ligada a la praxis, a la forja de las conductas; no puede ser sólo un elemento limitante, es decir, exclusivamente determinante de aquello que no se debe hacer, sino habilitante y proactivo, y por consiguiente con un papel fundamental en el diseño de las estrategias. En democracia, estas no sólo deben construirse en torno a unas leyes, hace falta algo más, un espíritu, una voluntad; la ética, una ética democrática, debe rellenar el vacío existente entre la letra y los hechos en que se sustancia su desarrollo. La democracia es más fuerte en su combate contra el terrorismo precisamente porque es más exigente consigo misma y, además y por eso, puede permitírselo.

De cualquier manera, la guerra, en su concepción clásica, es una puesta entre paréntesis del sistema de valores vigente que no prejuzga ni cuestiona su ordenamiento, sencillamente lo difiere. La ética parece ser aquello con que no cuentan los demás, ignorando que cada parte tiene una, la suya, que emana de lo que esta considera su fuente de legitimidad y le permite convivir con la violencia.

“La contienda era doble, en el sentido de que cada parte pretendía, por su lado, encarnar el papel de policía y declaraba ladrón a la contraria. Sólo el hecho fáctico del éxito militar de una parte y derrota de la adversaria vino a determinar la distribución de los papeles. El vencedor, entonces, se impuso como policía al vencido. Ahora bien, esto es cabalmente lo que ocurre en las guerras civiles...si el bando insurrecto obtiene la victoria acaba por fundar sobre ella una nueva legitimidad.”¹²

Hasta los terroristas tienen una ética, pues no son psicópatas, esa ética es la suya, comprenderla por muy difícil que pueda resultar, es comprender el problema y discernir al menos parte de su solución.

¹¹ Joas, Hans. Guerra y modernidad. Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona 2005, p. 225.

¹² D’Ors, Álvaro. De la guerra y de la paz. Editorial Rialp, Madrid 1954, p. 25.

En cualquier caso, el concepto de referencia en las Relaciones Internacionales no ha sido nunca tanto la justicia o la moral como el interés. Y no es malo que sea así pues otorga referencias y evita equívocos. La ética ha sido utilizada como un instrumento más para conseguir la razón¹³ lo que la ha convertido en no pocas ocasiones en un plano de enfrentamiento. La guerra es moralmente diacrítica.

El desarrollo de las diferentes formas de guerra siempre ha ofrecido un terreno propicio para las dudas. De hecho la cultura del conflicto no es monolítica ni tiene manifestaciones idénticas en todos los enclaves, sino que es un patrón intrínseco propio de cada sociedad en cada época, la verdad como las instituciones son hijas de su época y no pueden escapar al signo de los tiempos.¹⁴

En este orden de cosas el gran éxito del Cristianismo fue no sólo ampliar el marco humano de la apuesta religiosa sino superar el concepto de lo justo a través de una propuesta intemporal hecha sobre el bien que escapa al signo de los tiempos y la configuración de sus valores. Es mejor ser bueno que ser justo.

2. LA INHUMANIDAD

Civilización y violencia no son aspectos inversamente relacionados; es más, en algunas ocasiones parece que lo están directamente. Realmente, lo que se demuestra que está asociado con un mayor grado de civilización, son unos niveles más altos de contradicción interna.

Así, está ampliamente documentado que personajes siniestros, como Al Capone, eran capaces de separar su proceder social del familiar y, mientras dirigían sus negocios, propugnaban un ambiente familiar sano y moral sustentado sobre una sólida formación religiosa, junto con un duradero orden social en el que la patria y la propiedad privada ocupaban sus cúspides.¹⁵

¹³ Sánchez Ferlosio, Rafael. Sobre la guerra. Ediciones Destino, Barcelona 2007, p. 23.

¹⁴ Ross, Marc Howard. La cultura del conflicto. Ediciones Paidós, Barcelona, p. 199.

¹⁵ Enzensberger, Hans Magnus. Política y delito. Seix Barral, Barcelona 1968, p. 105.

Las conductas aberrantes florecen cuando los valores culturales se desmoronan, los controles colectivos se desintegran y la cultura pierde su función reguladora de la sociedad. Es lo que se conoce como un estado de anomia; tal situación, a juicio del psiquiatra Rojas Marcos,¹⁶ se produce bajo circunstancias patológicas de desorganización social y

“consiste en el desmoronamiento de las reglas morales y de las normas sociales de comportamiento”, y “surge cuando las necesidades esenciales de las personas como la identidad, la autoestima y la seguridad no se satisfacen”, lo que provoca que “acaben por transformarse en indolencia total hacia la participación social...”¹⁷

La erosión del sentido de la identidad moral del combatiente, moldeada en torno a valores parcialmente autónomos, hace que sus límites morales sean susceptibles de deslizarse progresivamente y disminuir los niveles de exigencia, lo que posibilita actos que antes no se hubieran hecho realidad jamás.¹⁸

Existen distintas formas de erosión de la identidad moral, que se reducen básicamente a difuminar sus fronteras y distribuir la responsabilidad creando espacios para que se realice una transición sin ruptura. Se trata de impedir el reconocimiento primero y la alteridad después pues estos son los ejes de la comunicación y posibilitan la empatía.¹⁹

Algunos ejemplos son la evasión, esto es, no reconocer aquello que realmente se está haciendo, la fragmentación de la responsabilidad, con lo que el ejecutor deja el trabajo por acabar en manos de otro y no ve su resultado²⁰ o su realización por fases, que la presenta como un *continuum* que hace que se ignore cual ha sido su punto de partida y cuál es la finalidad última, de modo que cada fase active e impulse la siguiente.

¹⁶ Rojas Marcos, Luis. *Las semillas de la violencia*. Espasa Calpe, Madrid, 1995, p. 188.

¹⁷ *Ibidem*, p. 203.

¹⁸ Glover Jonathan. *Humanidad e inhumanidad*. Ediciones Cátedra, Madrid 2001, p. 143.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Zinn, Howard. *Sobre la guerra*. Ediciones Mondadori, Barcelona, 2007, p. 243.

Todo lo cual, compelido además por una mecánica y unos plazos de entrega, hace que se genere así un cierto taylorismo, una cadena de montaje de la aniquilación. Ello se ve reforzado mediante fórmulas como el deliberado estrechamiento de la atención y su concentración en los aspectos meramente burocráticos o científicos del problema.

“Cuando los cohetes están arriba

¿A quién le importan donde caigan?

Eso no es responsabilidad de mi departamento

dice Werner Von Braun.”²¹

El raciocinio, como señala Max Weber, es *“la realización metódica de un fin mediante un cálculo cada vez más preciso de los medios adecuados”*; esto conduce hacia una neutralidad resultado de abordar los problemas en términos técnicos, lo cual permite obviar cualquier aspecto subjetivo, incluidos los éticos;²² ejemplos son las listas (por eso la *“lista de Schlinder”* representa la absoluta oposición a esta tendencia, virtud y compromiso) o los trabajos de los ingenieros para reforzar los tubos de escape, afectados por los *“ácidos”* producidos en el interior de los vehículos utilizados como cámaras de gas móviles. Es el lenguaje orwelliano del eufemismo construido desde la aproximación lateral al problema.

Decía Stalin. *“Matar a un hombre es una crueldad, matar a un millón un problema administrativo.”* Y es que el taylorismo moral del proceso es evidente. Unos los seleccionan, otros los buscan, otros los detienen, otros los llevan al ferrocarril, otros los transportan, otros los llevan al campo de detención; unos los llevan a las cámaras de gas, otros las activan, otros sacan los cadáveres, otros los transportan, otros los incineran, otros reparan y proporcionan apoyo logístico.... Y quien coordina la actividad de todos no tiene que ver nada y puede ejercer de padre de familia sin remordimiento alguno, de hecho sólo maneja papeles. Por eso en la sentencia que condenó a Eichmann se establecía:

“en un delito tan enorme y complicado como el que nos ocupa, en el que participan muchos individuos, situados en distintos niveles, y en actividades de muy diversa naturaleza –

²¹ Ibidem, p. 243.

²² Ternon, Yves. *El Estado criminal*. Editorial Península, Barcelona 1995, pp. 124-125.

planificadores, organizadores y ejecutores, cada cual según su rango, de poco sirve emplear los conceptos comunes de instigación y consejo en la comisión de un delito. Estos delitos fueron cometidos en masa, no sólo en cuanto se refiere a las víctimas, sino también en lo concerniente al número de quienes perpetraron el delito, y la situación más o menos remota de muchos criminales en relación al que materialmente da muerte a la víctima significa en cuanto a medida de su responsabilidad. Por el contrario, en general, el grado de responsabilidad aumenta a medida que nos alejamos del hombre que sostiene en sus manos el instrumento fatal.”²³

En el pasado, la *hybris*, el exceso en la batalla y aun después de ella, la efusión de sangre, era no sólo lo normal, sino también, en no pocas ocasiones, lo correcto. El anatema judío, el *hérem*, preveía la destrucción de hombres, mujeres, niños el ganado y todos los bienes. El rey Saúl perdió el favor de Dios por no consagrar al exterminio a todos; el perdón al rey amalecita Agag le hizo objeto de la condena del profeta Samuel que le comunicó el haber perdido el favor divino.

Hoy, ya ningún Estado reconocerá su culpa o se enorgullecerá de ello – como, se hacía en el pasado y era marca de gloria; la *Ilíada*, un canto, ni más ni menos que “a la cólera de Aquiles es” una buena expresión – por lo que tiene que disfrazarlo; pero como no lo puede disimular por completo lo incluye en su discurso ideológico y así se reencuentra en el cumplimiento del crimen. Debe pues mentir con habilidad y, sin negar la realidad de la destrucción del grupo relativizarla, recusar la intención y atenuar las responsabilidades. Todas las etapas en que se desarrolla llevan el sello de la negación.²⁴

De hecho y aunque, como ya se ha visto, la Historia ha contemplado ya la aniquilación de pueblos enteros, hubo de introducirse un neologismo para definir el nuevo tipo de crimen que surgió durante la Segunda Guerra Mundial: el genocidio,²⁵ un híbrido de dos palabras, “*genos*” que

²³ Arendt, Hannah. Eichmann en Jerusalén. Editorial Lumen, Barcelona 1999, p. 359.

²⁴ Ternon, Yves. El Estado criminal. Opus citada, p. 102.

²⁵ Citando a Pierre Drost: “*El crimen de genocidio bajo su forma más grave es la destrucción deliberada de seres humanos tomados individualmente en razón de su pertenencia como tales a una colectividad humana cualquiera*”. Ternon, Yves. El Estado criminal. Opus citada, p. 45.

significa origen, especie, y “*caedere*” cuyo significado es matar.²⁶ Con ellas la actividad de aniquilar se introduce en la racionalidad.

En este marco, la distancia no sólo disminuye la simpatía sino que también reduce el sentimiento de responsabilidad, ya que al alejarse el ejecutor de la víctima se hace posible su despersonalización y se evita la repulsión moral lo que facilita el acto (por ejemplo, un bombardeo en el que no se ven las víctimas ni se señala a ninguna concreta).

Pero esta distancia es ficticia pues las batallas más enconadas se libran entre las pequeñas diferencias que permiten el reconocimiento aunque no la alteridad, como ya notara Freud, no sobre las grandes. Las grandes diferencias provocan paradójicamente la indiferencia, lo que no obstante permite una crueldad absoluta. Los grandes conflictos son los intracivilizatorios, los intrareligiosos (las herejías) y las guerras civiles, esto es aquellos en los que los oponentes se encuentran más próximos, civilizatoria, religiosa o civilmente. Un muro inicialmente pequeño, como es el caso de los judíos (compartían cultura pero no un aspecto íntimo en Occidente como la religión; los primeros en salir del gueto fueron los judíos alemanes) se edifica definitivamente a través de la violencia.

Además, una vez puesta en marcha una operación mediante un impulso institucional se genera una inercia moral que la dota de una vida propia lo que hace aún más difícil el comienzo de una fase política distinta. Solo el trauma de una derrota permite una nueva etapa y el arrepentimiento.

Se puede utilizar la pseudoespeciación que se produce al presentar al contendiente como subhumano o no humano, permitiendo el trato inhumano e incluso el exterminio.²⁷ Como señala Edward Said basta con generar un estereotipo, dar unos rasgos marcados, sin ninguna individualidad, y contraponerlos al modelo elegido para hacer que se perciba un sentimiento de

²⁶ Ternon, Yves. El Estado criminal. Opus citada, p. 37.

²⁷ *Ibidem*, p. 74.

amenaza.²⁸ El maniqueísmo de los totalitarismos comunista y nazi frente a “los otros” les confiere un espacio común.²⁹

Esto nuevamente genera distancia³⁰ entre las partes, reduciendo aun la simpatía y la responsabilidad y debilitando cualquier tipo de repulsión emocional, lo que ayuda a la inhumanidad. Una respuesta humana, por el contrario aproxima y favorece el reconocimiento, la empatía, cosa que no se desea³¹. Por eso Ignatieff sostiene:

“lo que muchas organizaciones han descubierto es que los derechos humanos tienen poco o ningún valor ...es preferible dirigirse a estos combatientes como guerreros antes que como seres humanos, pues los guerreros respetan códigos de honor.”³²

La obra de Joseph Conrad “*El corazón de las tinieblas*”³³ muestra a las claras la banalidad del mal, la existencia de una lógica propia en los acontecimientos que se presentan como naturales en su entorno específico, fuera del cual no es posible siquiera que sean comprendidos.

A través de un viaje por el río Congo, cargado de experiencias paradójicas, poco a poco se conduce a la esquizofrenia al observador, que se ve inmerso en ellas cuando aún es portador de los patrones de su cultura, pues es capaz de comprender la lógica de lo que sucede por más que le repugne; por ello y para preservar su integridad tiene que impregnarse de los nuevos códigos. Con lo cual, el choque más importante sobrevendrá cuando retorne a su cultura y se pongan de manifiesto las contradicciones de su proceder.

Hoy en día, los medios de comunicación de masas, la televisión, relacionan los dos mundos sin que se produzca un cambio de códigos generando horror, un horror hiperacentuado por la falta de transición.

²⁸ Said, Edward W. Orientalismo. Editorial Libertarias, Madrid 1990, p. 338.

²⁹ Aron, Raymond. Un siglo de guerra total. Editorial Hispano Europea, Paris 1958, p. 229.

³⁰ Glover Jonathan. Humanidad e inhumanidad. Opus citada, p. 144.

³¹ Ibidem, p. 160.

³² Ignatieff, Michael. El honor del guerrero. Editorial Taurus, Madrid 1999, p.12.

³³ Conrad, Joseph. El corazón de las tinieblas. Editorial Juventud, Madrid 2006.

Esto enlaza con el juicio que emitiera Hannah Arendt³⁴ sobre Eichmann, según su parecer era una persona normal con una vida corriente, no un degenerado patológico; era un burócrata extraordinariamente eficiente que simplemente no se cuestionaba lo que hacía y lo hacía bien. De hecho, seis psiquiatras habían certificado que se trataba de una persona normal y, una vez más, de un buen padre de familia.³⁵ Enzensberger coincidiría con este juicio y señalará como Eichmann se ocupó esencialmente de expedientes, transportes y estadísticas. No obstante, tuvo contacto con algunas de sus víctimas, cosa que la tecnología actual haría hoy innecesario.³⁶

El asesinato de millones de judíos se redujo simplemente a un banal problema administrativo. Bastaba con tramitar unos códigos emitidos por el sistema, aun a sabiendas de su naturaleza injusta y sus terribles consecuencias porque no le competía emitir un juicio sobre ellos.

Solo se precisa mirar un poco hacia otra parte y fingir no enterarse. No me concierne. La vulgar mediocridad de siempre con la que se enmascara la falta de integridad de quien se conduce en apariencia como mero funcionario. El poder de no decidir, de no interferir, es el mayor de los poderes; un poder además que confiere casi la irresponsabilidad al situarse en una zona de penumbra. No soy competente. La banalidad del mal nuevamente. Es una prueba más de la verdad del célebre dictum de Burke *“todo lo que es necesario para el triunfo del mal, es que los hombres de bien no hagan nada”*.

3. MORALIDAD Y GESTIÓN DE LA VIOLENCIA.

La violencia no es inútil, sino todo lo contrario pues su resultado es fruto de una acción de cálculo, del raciocinio. Puede ser equivocada pero no inútil. Violencia puede significar querer y violar. La etimología confirma la ambivalencia de la violencia: *bia*, violencia (*vis*) y *bios*, vida (*vita*). No se vive sin la fuerza de la violencia.³⁷ Por eso Wright Mills diría que *“el poder es, en esencia, violencia”*.

³⁴ Arendt, Hannah. Eichmann en Jerusalén. Opus citada.

³⁵ Ibidem, p. 46.

³⁶ Enzensberger, Hans Magnus. Política y delito. Opus citada, p. 33.

³⁷ A. Dumas el al. Teología de la violencia. Ediciones Sígueme, Salamanca 1971, p. 11.

Griega es la contraposición entre violencia (*bios*) y justicia (*diké*) y también la asociación entre paz (*eirene*) y justicia (*diké*).

Violencia, fuerza y vida son términos que se encuentran interrelacionados. La violencia es normal, natural y útil, es su sobre utilización, es decir su utilización por encima de los patrones culturales vigentes lo que ocasiona pérdida de legitimidad, que es también otro producto de la cultura del momento.

Durante un conflicto se hace un uso lato de la violencia que, como recuerda Clausewitz, tiende a desplazarse hacia los extremos. El criterio legal para su utilización es la proporcionalidad, una proporcionalidad que relaciona fines y medios y que asigna al militar el difícil papel de gestor de la violencia en frecuencia y amplitud. Ésta alcanza desde la “*violencia simbólica*”³⁸ (como pudo ser la diplomacia de las cañoneras tan propia del siglo XIX) hasta la guerra total.

No obstante pensadores como Fuller sostienen que el desarrollo de los Ejércitos profesionales y permanentes contribuyó a limitar y encauzar la violencia.³⁹ Las nuevas guerras parecen querer darle la razón. De hecho las guerras son violencia con sentido, un sentido político. El problema es que no hay un jurista al lado de cada fusilero.

El Derecho Internacional Humanitario impone limitaciones en la elección de métodos y medios que ocasionen males superfluos o daños innecesarios, así como toda forma de violencia que no sea indispensable para lograr la superioridad sobre el enemigo estableciendo la necesidad de ponderar la ventaja militar conseguida en relación con los daños incidentales o colaterales. La proporcionalidad aludida se extiende a aspectos que van desde el planeamiento, a la decisión o la ejecución.⁴⁰

³⁸ Aron, Raymond. Paz y guerra entre las naciones. Revista de Occidente, Madrid 1963, p. 88.

³⁹ Fuller, J.F.C. La dirección de la guerra. Ediciones Ejército, Madrid 1984, p.24.

⁴⁰ OR7-004. El Derecho de los Conflictos Armados. Tomo I. Doctrina del Ejército de Tierra español. Noviembre 2007, pp. 2-13 y ss.

Por ello, cuando se han promulgado tantas precauciones y normas, no deja de resultar extraño que también sea cuando los conflictos se han hecho más violentos y mortíferos, particularmente para la población civil; la guerra siempre se abre camino. Así y contra lo que pueda resultar predecible, en la Segunda Guerra Mundial el Ejército alemán incumplió menos las leyes de la guerra de lo que lo había hecho en la Primera.⁴¹ Clausewitz sostiene lúgubrememente al respecto

“el hecho de que una matanza es un espectáculo horrible, debe servirnos para tomar la guerra más seriamente y para no encontrar excusas para utilizar nuestras armas de forma gradual en nombre de la humanidad.”⁴²

Opinión que es suscrita por Hitler que afirma

“por lo que al humanitarismo respecta, Moltke dijo que la guerra radicaba en la celeridad del procedimiento, es decir, que el humanitarismo suponía en consecuencia el empleo de los medios de lucha más eficaces; según eso las armas más crueles son las más humanitarias.”⁴³

Banalizar la guerra, presentarla como un acto quirúrgico, decisivo sin un derramamiento “excesivo” de sangre puede hacerla más fácil y a la larga tener peores consecuencias.

Walzer de hecho, apunta que la teoría moral se ha incorporado a la concepción de la guerra para entrar a valorar sobre cuándo y cómo librarla y proceder a la definición de parámetros, tanto en términos de razón como de modo; Kosovo será el primer caso de guerra como “deber moral” de la era moderna.⁴⁴

Pero lejos de eso Bauman considera que la guerra de Kosovo fue, ante todo una guerra simbólica que sirvió para la puesta en escena del nuevo orden mundial. La guerra, su estrategia y sus tácticas fueron un símbolo de la emergente relación de poder. El medio fue el mensaje.⁴⁵

⁴¹ Liddell Hart, Sir Basil Henri. El otro lado de la colina. Ediciones Ejército, Madrid 1983, p. 47.

⁴² Clausewitz, Carl Von. De la Guerra T.I. Ministerio de Defensa 1999., Libro I, Capítulo 11.

⁴³ Santa Marta del Pozo, Javier. “Antecedentes de la cooperación civil y militar” en Santamarta del Pozo, Javier (dir). La cooperación entre lo civil y lo militar. IUGM, Madrid 2007, p. 50.

⁴⁴ Walzer, Michael. Reflexiones sobre la guerra. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona 2004, p. 34.

⁴⁵ Bauman, Zygmunt. Modernidad líquida. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2006, p. 197.

Este debate muestra cómo la argumentación moral de la guerra encarna un grave peligro, y es que las guerras justas puedan convertirse en una cruzada, en la que se lucha demasiado tiempo y con excesiva brutalidad, persiguiendo un solo fin, la rendición incondicional del otro, cuando no su aniquilación. Se mata más cuando se piensa que se está haciendo el bien o se está apresurando su advenimiento; las guerras con sentido son las más sangrientas.⁴⁶ La moralidad puede servir para enmascarar otras cosas.

Además ¿Qué es una guerra justa? La guerra y también la paz pertenecen al plano de la política y no al plano de la moral ni al de la justicia que son diferentes; planos que además la política desborda. ¿Qué hay de justo o de bueno en matar a un lechero por más que coyunturalmente porte un arma, por muy justas que sean las razones que conducen a ello y equivocado el bando al que pertenece? No obstante y como agudamente señala Raymond Aron *"probar la responsabilidad del enemigo en una guerra se ha convertido en el deber de todo gobierno,"*⁴⁷

Estas guerras, siembran pues justicia y cosechan muerte.⁴⁸ *"Fiat justitia ruat coelum"*⁴⁹ Fusilar 150.000 oficiales alemanes como propuso Stalin a la finalización de la Segunda Guerra Mundial hubiera manchado a los Aliados; finalmente, y con la ejecución de algunos de sus dirigentes, símbolos de la condena al régimen anterior, la mayor parte de la población, y aun de quienes estuvieron implicados en el mismo, por su número, escapó al castigo. ¿Hubiera sido justo para las generaciones posteriores reducir a Alemania a un territorio de pastoreo?

Y es que construir la paz sobre el justo castigo es sucumbir a la falacia pedagógica y renunciar a lo esencial, al fin último de todo conflicto que es la paz en sí misma, sin adjetivaciones.⁵⁰ O aun peor, es equiparar a las partes a la sombra de la Ley del Talión

A juicio de no pocos autores los bombardeos de Dresde, Hiroshima o Nagasaki nivelaron peligrosamente a los contendientes, de modo que se hizo imperativa la culpabilización del régimen

⁴⁶ Lévy, Bernard-Henri. Reflexión sobre la guerra, el mal y el fin de la Historia. Ediciones B Barcelona, p. 171.

⁴⁷ Aron, Raymond. Un siglo de guerra total. Editorial Hispano Europea, Paris 1958, p. 1.

⁴⁸ Walzer, Michael. Guerras justas e injustas. Ediciones Paidós España S.A., Barcelona 2001, p. 161.

⁴⁹ *"Hágase justicia aunque se derrumbe el cielo"*

⁵⁰ Walzer, Michael. Guerras justas e injustas. Opus citada, p. 167.

anterior como forma para conseguir la absolución propia. La paz debe ser objeto de la política y de nada más. Equivocarse en ello, saltar de un plano a otro es demagógico y tiene fatales consecuencias.

La estrategia, a juicio del contrario, es siempre péfida. No se conoce ninguna que no lo sea;⁵¹ nadie aprecia, al tiempo que la recibe, la belleza de una buena estocada. Así, entrando en el terreno de los medios, un fenómeno frecuente, cuando se descubre una forma nueva de combatir es impugnar el método de que se trate, sobre todo cuando éste resulta exitoso; así sucedió en su momento con la ballesta (que hasta fue excomulgada por ser *“cosa odiosa a Dios y poco benéfica para los cristianos”*⁵²) la pólvora, el submarino o ciertas formas de combate de guerrillas, para lo cual se aducía que no se trataban de formas cristianas, humanas o dignas de combate. En el Japón del siglo XVII se prohibieron las armas de fuego a fin de no alterar el orden social.

En esta línea, Ignatieff muestra como las partes implicadas en un enfrentamiento asimétrico están abocadas hacia el nihilismo al estar traficando con el mal y utilizando unos límites que tienden a expansionar la violencia, y que pueden hacer que un enfrentamiento de ideales acabe convertido en un mero enfrentamiento de violencias, con una lógica propia y sin mayores propósitos.⁵³ No obstante, señala que *“la democracia ha perdurado porque sus instituciones están diseñadas para manejar formas moralmente arriesgadas del poder coactivo”*⁵⁴ y citando a Carl Schmitt añade que *“soberano es aquel que decide la excepción.”*

Hoffman, aludiendo a las acciones represivas de las fuerzas francesas durante la guerra de Argelia, cita al general Massu cuando afirma que *“los inocentes merecían mayor protección que los culpables”* para señalar a continuación como la acción represiva de los paracaidistas favoreció la movilización de los argelinos y deslegitimó a sus fuerzas ante su propia opinión pública.⁵⁵

⁵¹ Le Borgne, Claude. *La guerra ha muerto*. Ediciones Ejército, Madrid, 1988.

⁵² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre la guerra*. Ediciones Destino, Barcelona 2007, p. 45.

⁵³ Ignatieff, Michael. *El mal menor*. Editorial Taurus, Madrid 2005, p 11.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 27.

⁵⁵ Hoffman, Bruce. *Historia del terrorismo*. Espasa Calpe 1999, pp. 92 y 93.

Es el problema de emplear fuerzas militares para combatir el terrorismo. La libertad de acción del terrorista, *“jesuita de la guerra”* al decir del Che, su proceder carece de inhibiciones y es *“diferente de las concepciones románticas y deportivas con las que se pretende hacernos creer que se practica la guerra”*. El combate es también un choque de moralidades, en que sólo una puede ensuciarse, pues puede rechazar las prácticas precisas para el logro de la finalidad propuesta mientras la otra las asume; una batalla que, de partida, puede ya estar perdida.⁵⁶

Ignatieff⁵⁷, mirando la validez y permanencia de los derechos, considera que las excepciones no destruyen la norma sino que la salvan, siempre que sean temporales y estén justificadas como último recurso. De esta manera establece un equilibrio entre libertad y necesidad, entre el principio puro y la prudencia.

De hecho el mismo se arrepentiría de una afirmación que sirvió para justificar el *“mal menor”* de la tortura. La cuestión es que las excepciones pueden convertirse en norma común y cuestionar la legitimidad de una causa. Recuerda que los Estados deben adaptarse no sólo a los criterios y estándares nacionales sino también a los internacionales, señalando como las democracias suelen sobreaccionar ante un hecho terrorista comprometiendo con dicha reacción su propia legitimidad, que es el envite real que deben soportar. Como apunta Hannah Arendt⁵⁸ la policía rusa no fue ajena a la revolución rusa.

Así, Noam Chomsky,⁵⁹ siempre crítico, habla de unos estados progresistas dispuestos a librarse de las ataduras *“demasiado restrictivas”* del pasado, que utilizan la fuerza cuando les parece de justicia, en su sentido moderno, para reprimir a los que generan desorden en el mundo, todo ello con una nobleza de intenciones tan patente que no precisa de ser evidenciada:

“Tengo los años suficientes como para acordarme de los delirios de Hitler de “contener a Polonia” y proteger a Alemania del “terror” de los checos y la “agresividad” de los polacos, extirpar el

⁵⁶ Le Borgne, Claude. La guerra ha muerto. Opus citada, p. 225.

⁵⁷ Ignatieff, Michael. El mal menor. Opus citada, p. 9.

⁵⁸ Enzensberger, Hans Magnus. Política y delito. Opus citada, p. 291.

⁵⁹ Chomsky, Noam. Una nueva generación dicta las reglas. Editorial Crítica, Barcelona 2000, p. 8.

“cáncer” de los judíos y cernir la sombra de poder sobre la mesa de negociaciones para que aquellos que no sucumban, estén tan heridos como para suplicar la paz.”⁶⁰

La palabra reaccionario es profundamente negativa, con ella se expresa una retrógrada falta de imaginación. El poeta Yeats escribiría a cuenta de los fusilados tras la sublevación irlandesa de Pascua de 1916 *“ha nacido una terrible belleza.”* Lo que fue, a todas luces, un desastre y un cúmulo mayúsculo de torpezas, logró sus objetivos y hasta fue santificada, sólo por la fuerza que se utilizó para reprimirla. Los excesos a la larga acaban siendo penalizados.

El maquiavelismo de la estrategia confunde fuerza con poder; el terrorismo es prueba de las carencias de tal simbiosis. La valoración debe hacerse en términos globales pero también midiendo la equivalencia y alineamiento entre política y estrategia, que en el caso terrorista es extremo, tanto en términos de eficacia como en términos de eficiencia.

La respuesta del Estado de Derecho, siempre tasada y lenta, parece ineficaz pues la utilización de la fuerza en este marco es, por principio, residual y reactiva. Pero su poder es incontestable. El Estado sí puede permitirse perder para ganar. No le merece la pena el precio de una victoria rápida, porque en este precio va incluida parte de su alma. Es fuerza, poder, sí hay legitimidad, y violencia si no la hay. La clave es la legitimidad que se pierde cuando se abusa del poder.

Los fuertes, los grandes, no saben hacer guerras pequeñas ni siquiera cuentan con la paciencia precisa.⁶¹ Además, no están preparados para aplicar una metodología impropia, por más que el conflicto tienda a igualar a las partes, y no solamente porque sus sociedades no lo acepten, que también. En la guerra de Argelia:

“Los paracaidistas siempre han insistido en que se les dio un trabajo que no era el suyo, un oficio de policía para el que nadie les había preparado, y que enfrentados al dilema ellos o nosotros eligieron lo obvio. El empleo de los llamados interrogatorios “muscle” es algo que nadie pone en duda. En Argel se empleó la tortura para

⁶⁰ Chomsky, Noam. *La cultura del terrorismo*. Editorial Popular, Madrid 2002, p. 266.

⁶¹ González Martín, Andrés. *La guerra asimétrica*. X Curso de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. Documento de Trabajo del Departamento de Estrategia, septiembre 2008.

conseguir información que permitiera terminar con la oleada de ataques terroristas. Los franceses insisten en que sus víctimas no fueron tratadas ni de lejos como lo habían sido los soldados franceses en manos del FLN, y es cierto, pero la crisis de conciencia provocada ocasionaría un terremoto político.”⁶²

Combatir el terrorismo es una actividad de frontera en el que se tiende a bordear la ilegalidad por lo mucho que se pone en juego. La cuestión es que en no pocas ocasiones para conseguir una ventaja táctica se están perjudicando los objetivos políticos de la lucha sin posibilidad alguna de resolverla, porque el terreno real de la batalla se sitúa en el plano de lo político y no en el terreno de lo militar o de seguridad que le están subordinados. El eje de actuación son las narrativas terroristas, su imaginario y no sólo la detención de los miembros del grupo por mucho que sea siempre un paso en la dirección adecuada. La maldad no solo es inútil sino contraproducente. Como dijera Schmitt:

“ahora ya conocemos la ley secreta de este vocabulario y sabemos que hoy la guerra más terrible puede realizarse sólo en nombre de la paz, la opresión más terrible sólo se puede infligir en nombre de la libertad y la inhumanidad más abyecta sólo puede asumir el nombre de humanidad. Conocemos el pluralismo de la vida espiritual y sabemos que el centro de referencia de la existencia espiritual no puede ser un terreno neutral y que no es correcto resolver un problema político con la antítesis de lo mecánico y lo orgánico, de muerte y vida” y para concluir sostiene “ab integro nascitur ordo,”⁶³ el orden nace de lo integro.

Integridad, bella palabra que debiera utilizarse siempre en lo pequeño como vía para poder acceder y gestionar lo grande.

Federico Aznar Fernández-Montesinos
Analista del IEEE

⁶² Pizarro Pizarro, José A. La guerra de Indochina punto de inflexión de la historia militar contemporánea, Tesis Doctoral Facultad de Historia Universidad Complutense 2008, p. 432.

⁶³ Schmitt, Carl. El concepto de lo político. Alianza Editorial, Madrid, 1991, p. 90.

BIBLIOGRAFÍA

- Dumas et al. Teología de la violencia. Ediciones Sígueme, Salamanca 1971.
- Arendt, Hannah. Eichmann en Jerusalén. Editorial Lumen, Barcelona 1999.
- Aron, Raymond. Paz y guerra entre las naciones. Revista de Occidente, Madrid 1963.
 - Un siglo de guerra total. Editorial Hispano Europea, Paris 1958.
- Bauman, Zygmunt. Modernidad líquida. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2006.
- Chomsky, Noam. Una nueva generación dicta las reglas. Editorial Crítica, Barcelona 2000.
 - La cultura del terrorismo. Editorial Popular, Madrid 2002.
- Clausewitz, Carl Von. De la Guerra T.I. Ministerio de Defensa 1999.
- Conrad, Joseph. El corazón de las tinieblas. Editorial Juventud, Madrid 2006.
- D'Ors, Álvaro. De la guerra y de la paz. Editorial Rialp, Madrid 1954.
- Glover Jonathan. Humanidad e inhumanidad. Ediciones Cátedra, Madrid 2001.
- Grasa, Rafael. *Introducción* al libro de Walzer, Michael. Guerra, política y moral. Ediciones Paidós, Barcelona 2001.
- Enzensberger, Hans Magnus. Política y delito. Seix Barral, Barcelona 1968.
- Fuller, J.F.C. La dirección de la guerra. Ediciones Ejército, Madrid 1984.
- Gandhi. Todos los hombres son hermanos. Colección Azenai, Toledo 1983,
- González Martín, Andrés. La guerra asimétrica. X Curso de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. Documento de Trabajo del Departamento de Estrategia, septiembre 2008.
- Hoffman, Bruce. Historia del terrorismo. Espasa Calpe 1999.
- Joas, Hans. Guerra y modernidad. Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona 2005.
- Ignatieff, Michael. El honor del guerrero. Editorial Taurus, Madrid 1999.
 - El mal menor. Editorial Taurus, Madrid 2005.
- Lévy, Bernard-Henri. Reflexión sobre la guerra, el mal y el fin de la Historia. Ediciones B, Barcelona.
- Le Borgne, Claude. La guerra ha muerto. Ediciones Ejército, Madrid, 1988.
- Liddell Hart, Sir Basil Henri. El otro lado de la colina. Ediciones Ejército, Madrid 1983.

- OR7-004. El Derecho de los Conflictos Armados. Tomo I. Doctrina del Ejército de Tierra español. Noviembre 2007.
- Pastor Verdú, Jaime. La evolución del marxismo ante la guerra y la paz. Editorial de la Universidad Complutense de Madrid 1989.
- Pizarro Pizarro, José A. La guerra de Indochina punto de inflexión de la historia militar contemporánea, Tesis Doctoral Facultad de Historia Universidad Complutense 2008.
- Rojas Marcos, Luis. Las semillas de la violencia. Espasa Calpe, Madrid, 1995.
- Ross, Marc Howard. La cultura del conflicto. Ediciones Paidós, Barcelona. Said, Edward W. Orientalismo. Editorial Libertarias, Madrid 1990., Sánchez Ferlosio, Rafael. Sobre la guerra. Ediciones Destino, Barcelona 2007.
- Sánchez Ferlosio, Rafael. Sobre la guerra. Ediciones Destino, Barcelona 2007.
- Santa Marta del Pozo, Javier. “*Antecedentes de la cooperación civil y militar*” en Santamarta del Pozo, Javier (dir.). La cooperación entre lo civil y lo militar. IUGM, Madrid 2007.
- Schmitt, Carl. El concepto de lo político. Alianza Editorial, Madrid, 1991.
- TERNON, Yves. El Estado criminal. Editorial Península, Barcelona 1995.
- Tortosa Blasco, José María. “*La palabra terrorista*” en VV. AA. Afrontar el terrorismo. Gobierno de Aragón 2006.
- Walzer, Michael. Reflexiones sobre la guerra. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona 2004.
 - Guerras justas e injustas. Ediciones Paidós España S.A., Barcelona 2001.
- Zinn, Howard. Sobre la guerra. Ediciones Mondadori, Barcelona, 2007.